



Santa Cecilia

Por OFELIA CUBILLAN

Santa Cecilia es la hora espiritual del mundo romano, cuando una horda mísera opone los bajos instintos a la sublimación del alma universal. Es el momento excelso de una época y este instante se levanta para seguir adelante y tendernos la mano desde la cúspide de una torre divina. Allí está este sentimiento y la música. Allí se concuerdan el catolicismo y el arte. Allí vemos a Santa Cecilia sentada con su arpa, vagarosa, celeste, mas llena de un impulso, de una energía vivaz, que se concretan en su estoicismo sereno ante la persecución, ante el suplicio y después aceptando la condena de decapitación en el año 232.

Santa Cecilia es la forma de la belleza pura en esos tiempos de pavor. Ella va de su hogar, secretamente, a las catacumbas a cantar aquellas melodías que es el estado de misticismo de su corazón angélico. Ella se mece al impulso del aire cuando su voz se pierde en la onda cósmica. Ella en aquellas notas acepta su destino y de la mano de su ángel va segura por los dominios del cielo.

Hay algo en la historia de Santa Cecilia que se parece al viento. La leyenda la signa de poesía. Aferrada a ciertos universos invisibles que la hacen sorda para el mal, inconsútil por naturaleza, nacida para la santidad, acepta los bienes terrenos impuestos por sus padres con esa obediencia superior de los predestinados, es el mandato del afecto y a él se doblega, pero ella sabe que una potencia misteriosa que está en sí misma como el aliento en la flor, como la raíz en los profundos rumores de la tierra, la salvará. Es cuando se presenta un dios alado y coloca sobre su frente la corona simbólica. Cuando este mismo enviado deshace lo deleznable humano y la lleva, oh enigma de lo alto, a su anterior actitud de espiga entre la brisa. Aquí el mito le ha dado a la realidad los contornos precisos. Aquí la adivinación sucede a la verdad con gracia suelta. Aquí amamos la luz de la libertad en su esguince de seguridad plena. O la forma inventiva de la imaginación nos gana por entero al atribuirse lo que por fuerza le corresponde dentro de los linderos de su gran soledad creadora.

Santa Cecilia es igual a la luz. Su manto de espuma recorre los jardines de lo temporal y son de ella los lirios y las brumas, las briznas, el rocío, o esa estela de las cosas que los hombres desechan y que ella apresa en su pecho con lucidez de niña sapientísima, en su condición de doncella de altura inaprehensible, hecha para la eternidad.

Santa Cecilia compone música, es la elegida infinita para transportar a remotos paraísos las almas todavía presas de una corteza impía, sujetas a su caracol de barro impuro mas en trance de posible suspiro a otras regiones donde la dicha como la hierba, crece. Sus dedos sobre el instrumento antiguo logran para la vida de la humanidad lo que a una Nación entera no le es dable con todos sus poderes.